

## EL MAESTRO Y EL LABERINTO

**Rafael Arturo Chico Quintana:** Magíster en Semiótica de la Universidad Industrial de Santander y Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Es investigador activo del Grupo de investigación Cultura y Narración en Colombia (CUYNACO) de la Maestría en Semiótica de la Universidad Industrial de Santander. E-mail [rchico@unicolombo.edu.co](mailto:rchico@unicolombo.edu.co), [rafachicoquintana@yahoo.es](mailto:rafachicoquintana@yahoo.es)

Recibido 02/23/2016 – Aceptado 08/25/2016

**Resumen:** Desde el enfoque teórico-metodológico de la semiótica del discurso, y más específicamente de la semiótica narrativa, se analizó el cortometraje colombiano *El maestro*, cuyo guion fue escrito por su mismo director, Ramiro Meneses, en colaboración con Claudia Liliana García. El recorrido interpretativo de análisis del corto llevó a explicar cómo se representa cinematográficamente el funcionamiento de lo que hemos llamado *el laberinto de las manipulaciones* y que hace referencia a los procesos y dinámicas a través de las cuales un grupo ideológico ejerce el poder para crear formas de legitimación que instrumentalizan las identidades para reducirles a valor de cambio. El caso del corto de Meneses focaliza el problema de cómo es reducido a valor de cambio la figura de autoridad religiosa, hasta el punto de que por sí misma no tiene significado, sino en completa relación con la institución de poder que le capitaliza y explota.

**Palabras clave:** Valor de cambio, instrumentalización, identidad, institución de poder, legitimación.

**Abstract:** From the theoretical-methodological approach of discursive semiotics, more specifically, from narrative semiotics, the colombian short film *El maestro* was analyzed. The film's script was written by its director, Ramiro Meneses, in collaboration with Claudia Liliana García. The interpretive path to the short film led to the explanation of the ways in which what we have called *the labyrinth of manipulations* is cinematographically represented. This term refers to the processes and dynamics through which an ideological group exercises the power to create forms of legitimation, which in turn instrumentalize identities to reduce them to a merely exchange value. The analysis of Meneses' short film focuses on the problem of how religious authority is reduced to merely exchange value, to the point that it has no meaning in itself, but in complete relation to the institution of power that capitalizes and exploits it.

**Keywords:** Exchange value, instrumentalization, identity, institution of power, legitimation

*Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro.*  
Jorge Luis Borges

Por definición, un laberinto es una estructura diseñada para extraviar. Todo aquel que desafíe su arquitectura de encrucijadas será alejado cada vez más de toda salida (DRAE). Pero, ese extraviar no es más que el planteamiento de un programa de uso que en el fondo obedece a un objetivo base, el retener o conservar dentro. Así, la mecánica de su arquitectura no se orienta tanto hacia la destrucción del sujeto como hacia una suerte de avaricia que intenta atesorarlo, pues requiere de él como actante del extravío para justificarse. En otras palabras, el laberinto necesita con tal urgencia del sujeto extraviado que en

caso de permitir su salida declinaría en su carácter laberíntico para convertirse en caricatura de sí mismo, un mero artilugio destinado al fracaso.

Esta suerte de dependencia o, más bien, de parasitismo ontológico es lo que, de alguna manera, se configura en el cortometraje del director Ramiro Meneses. Sólo que ese laberinto no es el juego de vías entrecruzadas y falsas puertas de salida. Lo que se configura se reduce en lo espacial a una mera senda mediada por un umbral que opone lo cerrado a lo abierto, lo sombrío a lo iluminado. Sin embargo, tal simpleza traslapa

una arquitectura mucho más sutil y ardua, *subtle art* de los juegos ideológicos del poder.

Como ya se sabe, todo orden hegemónico es sostenido por la aquiescencia preferiblemente ciega de sus adeptos. Legitimidad es como ello se le llama, pero el camino para llegar a ella está necesariamente mediado por el ejercicio manipulador; ya Chaïm Perelman (1997, 43-45) explicó que formar convicción en el auditorio es siempre el trofeo de aquellos que mejor saben instrumentalizar las creencias del otro —en sus palabras, tomar como premisas las proposiciones aceptadas por el auditorio es garantía de que la conclusión del orador también lo sea—. Este principio fundamental para toda semiosis argumentativa tiene gran importancia en el plano del enunciado del cortometraje de Meneses, *El Maestro*. Podría afirmarse que es el principio que pone a funcionar toda la mecánica semionarrativa; esta última que, en definitiva, dimensiona el monstruoso y perfecto laberinto y que traza la suerte de su apetejada víctima.

La retención del sujeto, como ya se había dicho, garantiza la sostenibilidad del sistema de extravíos. Siendo así, su víctima es perfectamente definible como un actor cuyo rol por antonomasia es el de objeto del deseo. En el enunciado se figura este actante como Cristo —y ya se podrá suponer qué sistema de valores podría estar en juego—. A lo largo del presente ejercicio de análisis, se describirá cómo este sujeto es articulado dentro de una lógica que le capitaliza y reduce a valor de intercambio; esto último sin cederle verdaderamente. Se hablará entonces de un puro simulacro que gratifica a un destinatario que legitima el orden hegemónico encarnado por el sujeto destinador manipulador. Para tal fin, conviene concentrarse precisamente en el actor Cristo, y es que las transformaciones que afectan su identidad serán el foco del presente ejercicio, pues ella es el valor que se pone en circulación, animando la mecánica del laberinto.

En primera instancia, habrá que tomar en cuenta lo presentado a los inicios del filme, en el minuto 54. En esta larga secuencia, la articulación de planos introduce el título del cortometraje, pero la generosidad del tiempo invertido en ello despliega un sistema figurativo de gran significación. El título aparece en mayúscula sostenida, teniendo debajo su traducción al inglés, que aparece también en sostenida y cuerpo menor. De fondo tiene la imagen de una escultura de Cristo-crucificado en condiciones inusuales: se visualiza roto, faltándole el brazo izquierdo, manteniendo el derecho levantado en la posición habitual de la crucifixión, sin embargo, la estructura de la cruz está ausente, así que la escultura parece sostenida en el vacío (Meneses, 2002, 0:38–1:32).<sup>1</sup>

La presencia conjunta de la expresión inglesa y la española suman un todo significativo. La expresión 'El maestro', es traducida como *The lord*, fórmula específica en lengua inglesa para referirse a la persona de Cristo. En español, su directo equivalente, 'El señor', es también válido para referirse a la persona de Cristo e incluso es mucho más habitual su uso que el de la expresión 'El maestro'. El sustantivo 'maestro', a diferencia de 'señor', no representa la dignidad divina. Señor, según el Diccionario de la Real Academia Española, tiene las

denotaciones Jesús y por antonomasia Dios, pero también implica el sentido de posesión y dominio sobre algo o un grupo de personas. 'Maestro' tiene las siguientes acepciones: a) toda obra o persona de mérito relevante entre las de su clase; b) persona que enseña una ciencia, arte u oficio, o tiene título para hacerlo; c) persona que es práctica en una materia y la maneja con desenvoltura. Como unidad de sentido, la articulación de ambas expresiones dimensiona la figura de Cristo como sujeto con derecho de dominio, mérito, portador de saber estimable tanto en lo cognitivo como en lo pragmático. Pero, como se verá a continuación, estos rasgos son compartidos por un segundo actor.

La figura isotópica a la de Cristo se muestra como representante de la institución de poder o hegemonía. Esta figura es el actor Sacerdote, quien se muestra en el corto oficiando la ceremonia de la eucaristía, según los cánones habituales de la ritualidad católica. Lleva todos los atavíos simbólicos de su posición jerárquica y se encuentra en el lugar que le corresponde, detrás del altar manipulando los objetos sagrados: misal y recipientes (cáliz y patena) que contienen los símbolos sacramentales que representan cuerpo y sangre de Cristo. A su izquierda, es asistido por el monaguillo y a su derecha se muestra la figura del Cristo-crucificado en posición alta, a modo de exhibición; diríase como si fuese una evidencia. La acción transcurre normalmente: el Sacerdote recita el discurso correspondiente al momento de la ceremonia y, luego, dice a los feligreses: “llenos de alegría por ser hijos de Dios digamos con fiabilidad la oración que nos enseñó El Señor” (2:19). No terminada la oración, se presenta un temblor de tierra que rompe el equilibrio emocional y la solemnidad de la ceremonia. Tanto los feligreses como el Sacerdote y su monaguillo entran en periodo de estupor, pero el Sacerdote rápidamente protege los recipientes y el misal. Terminado el temblor, dice: “Alabado sea el señor, ya pasó”, luego agrega, mientras recoge rápidamente los objetos sacramentales: “Lo mejor que podemos hacer en estos momentos es continuar orando a nuestro Dios” y hace que los feligreses sigan su oración, la cual no es otra que el mismo *Padre nuestro*; sin embargo, imprime una carga de vehemencia muy alta que contrasta con la solemne serenidad que el ritual de la eucaristía demanda (3:00 – 3:41). Mientras los feligreses se encuentran arrodillados y el Sacerdote acaba la oración, se presenta una segunda novedad que romperá el equilibrio restaurado de la ceremonia, el Cristo resucita y baja de la Cruz. Ello desatará el caos y hará decir al Sacerdote: “¿Qué es esto, Dios mío?”. Varios feligreses declararán “¡Milagro!”, otros pedirán al Cristo que les ayude. A todas estas, el Sacerdote, luego de su estupor, ordenará en voz alta: “¡Postrémonos ante el señor!”, cosa que todos obedecen. El Cristo resucitado guardará silencio todo el tiempo, caminará derecho a la salida de la iglesia, mostrando desatención constante. Llegado al umbral, detendrá su marcha, extenderá su mano hasta éste, como si fuese a tocar la luz que entra de la calle —ya se dijo más arriba que el umbral

1. De ahora en adelante, la convención de números arábigos separados por dos puntos se empleará para indicar los lapsos de tiempo en los cuales trascurren las secuencias analizadas del cortometraje de Meneses.

opone lo sombrío y cerrado del templo a lo abierto e iluminado del afuera—. El Cristo resucitado estará un breve momento en esa posición y girará la cabeza con gesto de mirar atrás, pero no lo hará completamente, únicamente lo suficiente para que la cámara enfoque su gesto algo ambiguo; lo cual da luces acerca de su estado interior de indecisión. Al final, atraviesa el umbral y seguirá la parte de la historia que transcurre en el afuera iluminado (4:00 - 4:55).

La cadena de secuencias instala los dos actores protagónicos: el actor Cristo que, como ya se había explicado, se encuentra dimensionado desde los inicios del filme y que experimenta una transformación que le lleva del estado crucificado al estado resucitado. El segundo actor, el Sacerdote, se muestra como figura de dominio al ser quien preside, manipula los objetos sacramentales, ordena e imparte el saber religioso. Este actor experimenta transformaciones en los momentos de la puesta en crisis de la ceremonia. Con los anteriores, comparte escena un tercer actor, y este se configura y es perfectamente identificable como un Colectivo-feligreses que ocupa alternativamente los siguientes estados: a) serenidad y obediencia a la jerarquía sacerdotal en el momento previo al temblor; b) pánico, desorientación y enunciación de clamores directos a la persona de El señor para ser protegidos del terremoto; c) vuelta a la calma y la obediencia, ello después de acabar el temblor y de que el sacerdote exija orar el *Padre nuestro*; d) estupor y búsqueda de la presencia del Cristo resucitado. El monaguillo no se configura como un actor individual, compartiendo las transformaciones de estado del Colectivo-feligreses.

El carácter isotópico del Sacerdote se evidencia si se toma en cuenta que desde los inicios de la cadena de secuencias se ha mostrado como sujeto que sabe tanto del hacer como del saber implicados en su condición de jerarca religioso, lo cual le define como un sujeto en posesión de conocimiento y diestro en su ejercicio, sumado a ello se muestra como figura de poder frente a la cual el sujeto Colectivo-feligreses profesa obediencia y respeto. El sacerdote es, por tanto, un sujeto que representa los rasgos que dimensionan a Cristo. Ahora bien, este compartir semas presenta un matiz de diferencia. Como tal, el Sacerdote es un sujeto de competencia investida. De hecho, su condición meritosa se manifiesta como proyección de una instancia de poder del cual es tanto adelantado como instrumento. Esto se puede rastrear en nivel figurativo, si se toma en cuenta que la figura del Cristo-crucificado se encuentra a su derecha en posición más alta que la suya, como si fuese una suerte de objeto mágico o certificado de autenticidad que prueba su autoridad vicarial. Esto se puede constatar cuando el sujeto Cristo baja de la cruz y su condición meritosa disminuye por la sola aparición del resucitado. El colectivo-feligreses parece olvidar su existencia como jerarca, para rodear desesperadamente el objeto de su deseo: el Cristo resucitado que ahora ya no necesita de la mediación del jerarca para interactuar con ellos. Como se explicará inmediatamente, el actor Sacerdote se ve obligado a desarrollar un conjunto de acciones destinadas a, de una u otra manera, salvaguardar su condición de mérito y poder: maestro-señor de la comunidad de fieles católicos.

En este punto es importante hacer una precisión. Si bien el Sacerdote es un sujeto de mérito y poder que depende de su isotopía con la figura del Cristo, no se debe olvidar que culturalmente él no es la institución de poder como tal, sino que se manifiesta como proyección e instrumento de la misma. Se presupone lógicamente que si oficia de sacerdote en el espacio legítimo para ello es porque ha sido investido legítimamente con tal cargo. Ahora bien, la pregunta que surge sería: ¿quién legitima entonces a la institución que lo investió para arrogarse el derecho de crear sujetos de poder y mérito (maestros-señores)? La respuesta ya se adelantó más arriba: el colectivo-feligreses que recibe una gratificación gracias al creer en el poder de tal institución que crea maestros-señores. Se habla entonces de un primigenio contrato de intercambio donde la institución en la figura de su representante (proyección e instrumento) conjunta al Colectivo-feligreses con su objeto del deseo, mientras este último le retribuye con la legitimidad —el objeto del deseo principal de la institución. Se mantiene así el orden hegemónico y la estabilidad del sistema. Aquí, es donde empieza a materializarse el laberinto. El objeto del deseo del Colectivo tiene relación indisociable con el sujeto Cristo, quien es por antonomasia el maestro-señor. Se puede constatar en el plano figurativo por la inmediata atención prestada al Cristo resucitado, mientras eclipsa el valor de maestro-señor del sujeto Sacerdote. Todo esto se podría esquematizar de la siguiente manera: S1 es la institución, S2 el colectivo-feligreses que legitima, O2 es la legitimidad con la cual se retribuye a la institución. En cuanto a O1, es el objeto del deseo del Colectivo-feligreses. Dicho objeto es ofrecido como cuerpo y sangre del sujeto Cristo, pues tiene la virtud de otorgar salvación, lo cual se puede apreciar en sus líneas de diálogo: “Así pues, Padre, al celebrar el memorial de la pasión salvadora de tu hijo, en su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos la venida gloriosa te ofrecemos el sacrificio vivo y santo” (1:34-1:46).

La institución, en tanto ha convencido de ser vicaria de Cristo, elabora el complejo simulacro de la “pasión salvadora”, representando el cuerpo y sangre en las especies de hostia y vino contenidas en los recipientes sacramentales. Este simulacro se debe repetir imperturbablemente hasta la “venida gloriosa” del mismo Cristo. Aquí ya se perfila el carácter cíclico de la práctica litúrgica y la capitalización del objeto del deseo de los feligreses (=O1) y que no es cedido más que un carácter simbólico, pues las formas definitivas de su cuerpo y sangre se postergan a un indefinido futuro de salvación completa. Se habla aquí de completa debido a que la entrega en el sacrificio simbólico de la ceremonia está destinada a la repetición de una transferencia semiótica que se ha fetichizado como portadora de los poderes salvadores del sujeto Cristo. Con el acto se perpetúa la hegemonía, pero a la vez se captura y mantiene dentro del ejercicio constante de la eucaristía la identidad del sujeto Cristo, que es simbolizada en las especies antes mencionadas. Sin embargo, en el cortometraje la estabilidad del sistema es vulnerada dos veces, teniendo que ponerse en marcha el gran programa de la conservación. Este programa busca perpetuar el

sistema del ritual, para cuyo fin debe conservar dentro de la lógica de capitalización al objeto del deseo de los feligreses, el sujeto Cristo. Aquí, es importante dejar en claro que el sujeto Sacerdote, en tanto es entendido como proyección de la institución de poder, se considera equivalente a esta última.

El programa de la conservación tiene nuevamente un sujeto de hacer Sacerdote (=S1) que busca conjuntar a un sujeto de estado Colectivo-feligreses (=S2) con el objeto del deseo cuerpo y sangre de cristo (=O1). Este objeto, como se dijo antes, bajo características semióticas de fetiche no como formas definitivas, pues se anularía la perpetuación de la ceremonia.

El programa de conservación será ejecutado en los periodos de crisis. El primero de estos se presenta como temblor de tierra que rompe la serenidad y solemnidad del rito. Los feligreses parecen perder convicción en el poder de la ceremonia y su oficiante, y optan por la petición directa al sujeto del cual es vicario el Sacerdote. “Sálvanos, señor”, “protégenos, señor”, “líbranos de este daño divino, señor”, suplican desordenadamente los feligreses (2:41 - 2:57). No se recurre al Sacerdote como intermediario, sino que cada uno acude a la petición personal, rompiendo así el lazo de dependencia profesado. En ese momento, el sacerdote, atemorizado con el temblor, reacciona e inmediatamente protege los objetos sacramentales de posibles daños. Estos objetos son de gran valor en tanto están consagrados a contener y dispensar las especies de la transferencia semiótica: pan-cuerpo y vino-sangre. La protección de estos objetos es una de las acciones requeridas para realización del programa de conservación, debido a que de su manipulación ritual depende que la ceremonia tenga sentido para el Colectivo-feligreses, ya que juegan el papel de representantes del objeto del deseo. Así, el sujeto Sacerdote se configura como manipulador legítimo de estos objetos representativos fetichizados. Éstos, a su vez, se configuran como sujeto de hacer que sufrirá la transformación que les devalúa por acción del temblor que los incapacita para realizar su poder-hacer. Ocurrido esto último, el Sacerdote se ve en la necesidad de preservarlos, pues su pérdida vulnera la estabilidad del sistema. Se tiene entonces, por añadidura, un sujeto que sabe sobre el ser sacerdote y la manera de actuar como tal, evidenciando inmediatamente su pertenencia e identificación con los intereses de la institución que le invistió como maestro-señor.

El recorrido narrativo se puede representar así:

a) Momento previo al temblor: los objetos sacramentales conservan su poder-hacer y son operados por el Sacerdote, para suministrar a los feligreses el ya mencionado objeto de valor.

b) El momento del temblor: los objetos sacramentales se encuentran en peligro y la competencia del Sacerdote es puesta en crisis, ya que pierde su capacidad de manipular. Inicia la devaluación de la figura del Sacerdote, pues su carácter de maestro-señor exige su competencia para tener dominio sobre el otro y destreza en la ejecución de un arte.

El segundo periodo de crisis es la transformación del sujeto Cristo en Cristo resucitado, pero se encuentra precedido por la recuperación del control que gana el Sacerdote una vez finaliza

el temblor. Este programa de restablecimiento del orden es realizado, porque nuevamente el saber sobre el ser del Sacerdote prima y acude a la manipulación de otro sujeto de hacer mucho más poderoso a ojos de los feligreses, la oración del *Padre nuestro*: “Lo mejor que podemos hacer en estos momentos es continuar orando a nuestro Dios”. Esta manipulación unida a la vehemencia con la cual se ejecuta, logra el fin de restablecer el orden, tanto así que la ceremonia retorna a su rutina: los feligreses practican el ritual de darse la paz. (3:59) Este último es otra representación del Sujeto Cristo semánticamente equivalente a las especies pan y vino, pues el *Padre nuestro* es la oración que enseña el mismo sujeto Cristo: “(...) digamos con confianza la oración que nos enseñó El Señor” (2:19).

Llegada la crisis de la transformación del sujeto Cristo, la oración se muestra inútil y el Sacerdote nuevamente pierde el mérito, teniendo que unirse a los feligreses y exigir: “¡Postrémonos ante El Señor!”. Ahora bien, la enunciación del Sacerdote se muestra como una orden que es acatada casi inmediatamente. Tal aquiescencia de los feligreses denuncia la conservación del poder jerárquico, ya que los feligreses no se arrodillan sino hasta que se les exige –salvo uno que lo hace previamente, pero esta es una figura que escapa a los objetivos del presente análisis. Este nuevo plan de uso comporta también una manipulación exhibida por la configuración del espacio corporal del Sacerdote. El cuerpo del Sacerdote, que hasta el momento ha permanecido lejos del alcance de los feligreses, se une a ellos. Este gesto proxémico se podría interpretar como la auto-humillación que llega hasta sus últimas consecuencias, arrodillándose mientras exige el postrarse ante la figura del Cristo-resucitado. Nuevamente se acude a la manipulación de un sujeto de hacer que conjunte con el objeto del deseo. El cuerpo sacerdotal auto-humillado es en el fondo una transformación que le convierte en otro tipo de objeto sacramental, ya que, siendo jerárquicamente superior a los cuerpos de los feligreses, su acción se muestra como modelo de imitación y auto-sacrificio. Así, nuevamente se intenta conservar el orden hegemónico por la realización de la conjunción con el objeto Cristo. Sin embargo, la naturaleza del objeto ha cambiado y no es meramente simbolismo fetichizado, pues la conjunción definitiva ya no puede ser aplazada. La dimensión semiótico-fetichizada de todo ejercicio de los investidos por la institución de poder explica que la conjunción sea un fracaso, permaneciendo el carácter virtual de la misma, ya que el sujeto Cristo ignora por completo el acto... Parece escapar del laberinto.

Hasta este punto, el análisis ha centrado su atención en el Sacerdote. El objetivo de ello es poder introducir el verdadero sujeto focalizado en este ejercicio, el Cristo. Como se puede apreciar de todo lo anterior, desde la perspectiva de las estructuras semionarrativas del Sacerdote, el sujeto Cristo no ha cambiado su condición de objeto del deseo. Lo único que se ha ido transformando son sus figuraciones, las cuales no son otra cosa que isotopías de identidad que se cree poseída por la institución de poder y que se arroga el derecho para suministrar a los feligreses. Sin embargo, desde el actor Cristo las cosas toman



otro cariz. Primero, el abandono de la cruz ocurre por determinación propia o al menos no se percibe manipulación en la narración del cortometraje; segundo, su actitud desinteresada frente a la búsqueda de los feligreses es muestra de su incompatibilidad de intereses frente a los de este último; tercero, la flagrante indiferencia frente al acto de la prosternación demandado por el Sacerdote evidencia total independencia de sus planes y falta de identificación con los valores del sistema. Todo apunta al rechazo del encerramiento e instrumentalización de su ser en el juego del programa primigenio del intercambio que sostiene toda la estructura de las relaciones de poder del sistema institucional. Conviene aquí retomar los programas desplegados por el sacerdote, pues están determinados por la puesta en marcha de los programas del sujeto Cristo.

Como se había dicho, la ceremonia de la eucaristía tiene por objeto la conjunción con el objeto fetichizado que funciona como isotopía de la identidad del sujeto Cristo, mientras se aplaza la conjunción definitiva que es con el Cristo en cuerpo y sangre no-simbólica. La resurrección y el abandono de la Cruz es el inicio de la amenaza contra el sistema, pues tal postergación se hace imposible así que el sujeto Cristo resucitado se configura como anti-sujeto independientemente de que él no exhiba comportamientos revolucionarios que tengan por objeto la destrucción del sistema ideológico del poder. Se esperaría que, si ese fuera su interés, desplegara un conjunto de programas de uso destinados a satisfacer tal deseo. Investido como está de la condición de maestro-señor sin tener la necesidad de recibirla por algún tipo de ejercicio de delegación –cosa que sí ocurre con el Sacerdote– le sería muy fácil ganar la adhesión de los feligreses, manipulándolos para que desjuntarán al sujeto Sacerdote del objeto legitimidad; con las ya obvias consecuencias que ello acarrearía no sólo a la jerarquía personal, sino a la de toda la institución de poder que representa. Sin embargo, este sujeto Cristo resucitado opta por el ignorar y el escapar.

Con el sujeto Cristo se tiene un programa de base claro: el conjuntarse con la libertad de su ser que yace aprisionado bajo el juego del simulacro de la eucaristía.

El sujeto Cristo en sincretismo actancial se configura tanto como sujeto de hacer y sujeto de estado. Despliega, entonces, un programa de búsqueda dirigido a la consecución de la libertad de su ser. Lo interesante de ello es que, muy a pesar de que el sujeto no demuestre intereses revolucionarios –por lo menos de índole anarquista– dada su condición preestablecida por la dependencia que tiene el sistema de poder, se configura instantáneamente como un peligro. Desatará, entonces, los anti-programas del sacerdote. Así, la práctica sacerdotal irá encaminada a retenerle dentro, a impedirle la libertad.

Los programas de uso del Cristo se podrían listar como liberación y desplazamiento hacia el umbral del templo, pero existe una figura destacable que cabría revisar, pues guarda rasgos que vale la pena tener en cuenta, a pesar de no configurarse como una acción propia del Cristo; se habla de temblor. El temblor es una primera puesta en crisis del orden, ya

se explicó anteriormente. Si se considera que la figura del temblor intertextualmente se puede rastrear hasta los evangelios, donde este fenómeno anuncia la muerte de Cristo en la cruz, se podría relacionar con el suceso de la resurrección. El temblor antecede a un evento destacable en el relato, la resurrección, de hecho guarda semejanza con la capacidad de subversión que tiene la presencia del Cristo resucitado; recuérdese que es responsable de la desestabilización inicial de la ceremonia. Esta figura que pasa de un no ocurrir a un ocurrir, obliga al Sacerdote a proteger los objetos sacramentales, así que podría guardar el rol temático de subversión del orden.

Sería tentador pensar aquí en un sujeto Cristo que manipula al temblor para que ejecute la disjunción. Tal posibilidad no es del todo descartable si se considera que, además de la isotopía en lo actancial y temático, el temblor es una especie de heraldo. Recuérdese el gallo que anuncia a Pedro su transgresión (el negar a Cristo tres veces) y el mismo temblor que notifica de la nueva del fallecimiento de Cristo en los evangelios. Otro indicio es el mismo Cristo. Dado que es un sujeto cuya transformación en Cristo resucitado se configura inmediatamente como antisujeto que plantea el conflicto de intereses, el preanuncio, que de por sí afecta la ceremonia, se podría considerar como parte de esa transformación. Todo esto se deja aquí a consideración del lector, ya que puede ser objeto de un análisis particular que escapa a este trabajo.

La transformación del Cristo que se figura en la liberación de la cruz supone inmediatamente su configuración no sólo como antisujeto, sino como manipulador que devalúa al sujeto Sacerdote en su poder-ser y poder-hacer. Con la resurrección, la condición de mérito de este último pasa a segundo plano en presencia de la figura de la cual es supuestamente vicario; obviamente, al dejar de contar con su ser institucional su hacer no tiene sentido frente a los feligreses. De esta manera, la estructura del sistema de poder empieza a declinar. El sujeto del cual depende el sistema está escapando. Se recordará que una de las manipulaciones más eficientes del Sacerdote fue la del *Padre nuestro*, es este programa el que queda inmediatamente anulado con la resurrección. Se tiene por tanto que el programa del Cristo resucitado, es solamente un programa de manipulación dirigido a la búsqueda personal de la libertad.

Se infiere que hay una disforia presupuesta en la condición de crucificado, pues de otra manera no habría razones para abandonarla. En consecuencia, es válido concluir que no se valora positivamente la forma como ha sido instituida su identidad asociada a la cruz.

Ahora bien, por gracia de la dependencia de la institución de poder –ese parasitismo ontológico que se alimenta de su identidad– se despliega inmediatamente lo no premeditado por el sujeto Cristo<sup>2</sup> en concomitancia con la manipulación que hace de su cuerpo para efectuar la liberación –agita un poco la cabeza, libera su brazo izquierdo del madero, con la mano

2. Hablar de no premeditación es válido si se considera la ausencia de evidencias de intencionalidad subvertidora en los gesto y comportamiento del Cristo, hecho acentuado por la renuencia a emitir palabras o discurso alguno; sólo se evidencia un marcado desinterés y una fuerte determinación individual en su proceder.

izquierda libera su derecha, flexiona las piernas y salta de la cruz. (3:19 – 4:16) Esta manipulación paulatina presupone otra que afecta la validez simbólica de la oración del *Padre nuestro*. Con cada movimiento suyo, su presencia se hace cada vez más innegable y la realización simbólica, competencia de la oración, se va disipando.

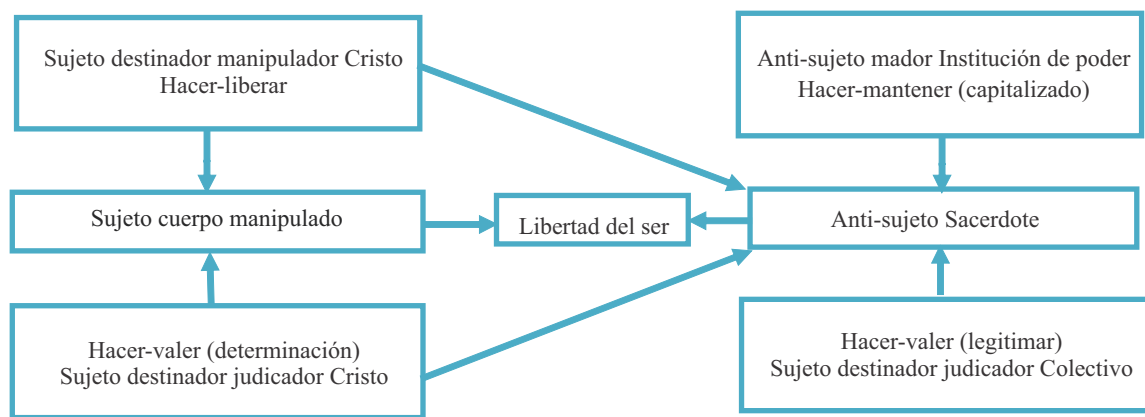
Con el siguiente programa del sujeto Cristo no ocurre cosa diferente. Nuevamente, el saber sobre el ser del Sacerdote opera e instrumentaliza su propio cuerpo, como se dijo anteriormente, recuperando su dominio sobre el colectivo, pero el programa del Cristo resucitado virtualizará sus esperanzas de conservación del orden. El programa no es muy diferente al anterior, cambian sólo el sujeto destinador manipulado del sacerdote; mientras que el sujeto Cristo mantiene el objetivo de liberación, sólo que ahora busca disjuntarse del espacio sombrío y cerrado de la iglesia, manipulando su espacio corporal. El

sujeto cristo se muestra avanzando como llevado por algo, no se observa la oscilación típica de quien camina, parece transportado por un elemento ajeno que le sirve de vehículo (4:27 – 4:41). El simple gesto de indiferencia que mantiene, a la vez que avanza hasta el umbral, implica una inmediata proxémica larga que distancia sus intereses de los intereses feligreses y los del Sacerdote; por tanto, despliega un anti-programa narrativo que vulnera la estabilidad de la estructura del sistema ideológico del poder.

Se notará cómo se repite la capacidad para invalidar al sujeto manipulado por el Sacerdote al ser disjuntado del poder-hacer a estas alturas del relato, el programa de base del Cristo parece consumado y la anulación del sistema de poder que le capitaliza parece encontrar su final. La clara estructura polémica que se ha trazado al margen de toda intencionalidad evidente se carga de tintes triunfalistas anunciando la conjunción deseada:

Figura 1

*Estructura de la polémica Cristo resucitado vs Sacerdote-Institución de poder.*



El Cristo resucitado como sujeto manipulador se orienta a un hacer-hacer modalizado por el querer-no estar lexicalizado como liberación en los espacios cruz e iglesia que le mantienen capitalizado, reduciendo a objeto de intercambio su identidad o ser a favor del sistema de poder. A ello, responde el anti-sujeto Sacerdote modalizado por un deber-hacer que responde al sistema de valores e intereses de la instancia de poder a la cual pertenece. Esta modalización anima el programa narrativo de conservación que lleva por objeto mantener esa capitalización de la identidad del Cristo que se vio desarticulada con la resurrección. Sobre los sujetos manipulados operan judicadores bien definidos, un colectivo que hace valer los sujetos manipulados por el sacerdote (objetos sacramentales, oración y propio cuerpo), retribuyendo con la legitimidad o con la ilegitimidad, dado el caso del fracaso. Dichas sanciones benefician o afectan inmediatamente al antisujeto manipulador Sacerdote. En cuanto al sujeto Cristo cabe poner atención a su

sincretismo actancial, pues su judicador, no puede ser otro que él mismo. Ese hacer-valer que aquí se lexicaliza como determinación. Es inferible del plano figurativo si se toma en cuenta que de haber fracasado o al menos dudado de las capacidades de su cuerpo vivo para ejecutar sus programas de uso, habría retrocedido o quizás resignado a su destino.

Pero el relato no ha terminado, si hay tintes triunfalistas en él, se exhiben como posibilidad. El umbral opone un espacio abierto e iluminado. Este aparenta ser espacio de la realización, pues la luz dentro de la cultura judeocristiana se asocia a la verdad, la justicia y demás valores positivos que trasuntan la euforia; pero, vale tener presente que todo laberinto siempre simula una salida.

Antes de pasar dicho a examen, es importante tomar en cuenta el último gesto del Cristo resucitado previo al abandono del templo. Se dijo más arriba que el sujeto se detiene ante el umbral y gira la cabeza hasta ubicarla en dirección de su hombro

izquierdo, muestra un gesto de indecisión y, por fin, sale. Tal figuración es interpretable como la manifestación de un sujeto manipulado en su ser, que luego de saber sobre la identidad que le ha sido impuesta, duda sobre la necesidad de buscar una diferente. Eso, por un lado. Por otro, la vacilación demuestra un sujeto que sabe sobre su ser, pero que no lo acepta, ello implica un interés por ser algo diferente. El sujeto Cristo resucitado pasa del deber-ser al querer-no ser, el cual piensa puede ser satisfecho fuera del espacio del templo y el simulacro de la eucaristía.

En el afuera está la calle, la muchedumbre agitada y ensimismada en sus propias urgencias. La salida del extraño del templo pasa desapercibida. Nadie parece reconocerlo, salvo una mujer que vende estampas. La mujer se ha acercado a este personaje de extraño atuendo que sale de la iglesia para venderle una estampa de Cristo y, sólo en ese instante, por el mero azar de levantar la imagen hasta el rostro del extraño, logra reconocer la similitud con la imagen reproducida en la lámina que ofrece a la venta. En ese momento, la mujer dice: “¡Ay El Maestro!” (5:23) Él la ignora e intenta avanzar, pero casi se tropieza con un minusválido que se transporta sobre un monopatín. El minusválido insulta al Cristo resucitado por su falta de cuidado. El lenguaje que utiliza es bastante soez e irrespetuoso. La voz de la mujer continúa escuchándose en *el fuera de campo*. (5:24 - 5:28) Luego, el Cristo resucitado sigue su paso sin contestar, mientras la voz de la mujer deja de escucharse. La cámara toma la perspectiva del Cristo para figurar su desorientación. Pasa otra vez a la posición de observadora y muestra al Cristo visiblemente desorientado, caminando como sin rumbo. Cuando recién ha pisado la carretera, se escucha un pito desde el fuera de campo. El Cristo dirige la mirada a la fuente del sonido, la cámara lo enfoca en primer plano y es atropellado por un bus urbano. La gente rodea el cuerpo del Cristo ahora en su segunda transformación ¿muerto o inconsciente? El tumulto habla desordenadamente y se alcanza a escuchar expresiones como: “¡No lo muevan, no lo muevan!”; “¡Ay mis topitos!”. Lo último lo dice una mujer que no alcanza a visualizarse. A ella, se la ha caído algo a través de la rejilla del desagüe sobre la que yace la cabeza del Cristo-atropellado. Un hombre se acerca, diciendo “Tapémosle con esto” (5:28), es una tela anaranjada. El hombre pertenece a un culto religioso diferente al cristianismo. La policía y los paramédicos entran en escena a atender el caso. El conductor alega su inocencia mientras algunos dicen que fue su responsabilidad. Un hombre cerca del cuerpo atropellado declara: “Está muerto, no hay nada que hacer” (6:16). El paramédico se acerca a atender al Cristo y pide a la muchedumbre que dé espacio, toma el pulso y dice algo que no se alcanza a escuchar, pero es traducido como: *I don't fell a pulse* (6:27). Cuando los paramédicos intentan llevarse el cuerpo, aparece el Sacerdote negando. El paramédico le pregunta al sacerdote si el procedimiento correcto no es llevárselo. El Sacerdote reitera su negativa y dice: “Nosotros nos hacemos cargo” (6:38), pide a la muchedumbre que abran paso y es seguido por la policía y los paramédicos que le ayudan a transportar el cuerpo. Lo reingresan al templo y entre el monaguillo y el Sacerdote cierran

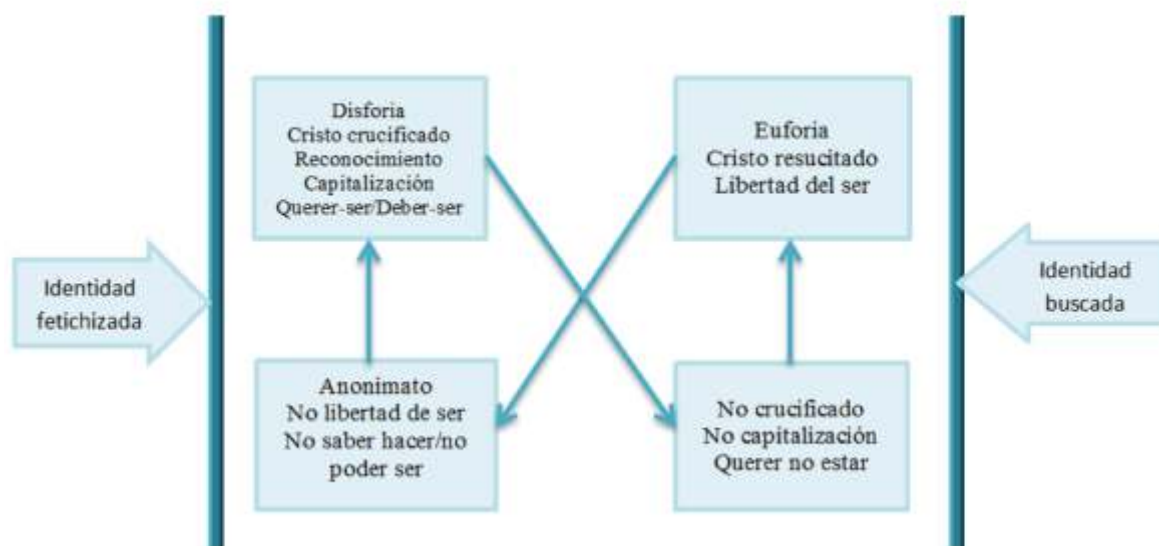
las puertas. Los minutos finales transcurren en la secuencia que muestra al Sacerdote guiando al monaguillo en su trabajo, el cual consiste en crucificar otra vez al Cristo (6:50 - 7:25).

La salida de aquel Cristo resucitado modalizado por un querer-no estar que le impulsa por sobre toda fuerza a disjuntarse de la cruz y el templo, evidencia ahora rasgos diferenciales. Cumplida la disjunción, su búsqueda parece caer en el fracaso. Fuera del espacio consagrado a la identidad que él rechaza no haya más que desorientación, insultos, anonimato y la muerte. Su aparición carece del impacto emocional que desatará dentro y que se esperaría como obvia consecuencia, dada su condición de maestro-señor. Sin embargo, nadie parece saber quién es, salvo la vendedora de estampas que al cotejarle con la imagen impresa en la lámina se da cuenta de ello. La estampa con su imagen es una reproducción autorizada por la institución de poder. Por tanto, comulga con el sistema de valores e intereses subyacente al programa primigenio del intercambio que se describió más arriba. En otras palabras, la estampa no es más que la copia portable del objeto de valor construido por la instancia de poder y que se ofrece en el intercambio con los feligreses. Por tal motivo, el reconocimiento a través de la comparación funciona como otro de los dispositivos de aprisionamiento del sujeto Cristo, eso quizás explica su actitud frente al único actor que parece saber quién es. A estas alturas del relato, el objeto de valor del sujeto Cristo resucitado se muestra como un imposible. De hecho, la única forma de reconocimiento hallado fuera del espacio consagrado a la identidad rechazada, parece actualizar la mecánica del simulacro que le insta como objeto capitalizado por intereses de la institución de poder. Bastante sugerente es que quien le reconoce se movía por el interés de comercializar con esa identidad. La reducción del sujeto a valor de intercambio es evidente y parece regir como un universal dentro y fuera del espacio del cual esperaba escapar. La arquitectura del laberinto extendiendo sus galerías más allá de lo imaginable. Sin embargo, hay que considerar un segundo aspecto en el plano figurativo de esta segunda parte del cortometraje, el anonimato. Es una poderosa fuerza que allana al Cristo resucitado, hasta el punto de convertirle en foco del vilipendio y la desvalorización reiterada: los insultos del minusválido, la poca importancia que se le da a su accidente—“¡Ay, mis topitos!”, dice la mujer como si tal inanidad rebasara lo que en otras condiciones se consideraría una tragedia, la muerte de Cristo. Este anonimato es un no poder-ser que frustra sus pretensiones, ya que es imposible hallar un ser (identidad) sin contar con el reconocimiento de la misma. En las relaciones intersubjetivas, explica Katia Mandokie “construye la identidad por los actos de enunciación e interpretación que son performativos al trascender de la palabra al acto para ser valorada y apreciada positiva o negativamente” (2006, p. 76). Pero este Cristo hace todo menos establecer comunicación. Camina en silencio, ignora, apenas reacciona frente a los insultos. Como se muestra, este sujeto no es ese punto de referencia en relación al cual se arregla el discurso y que en últimas permite la apertura de un mundo interior a uno exterior. El Cristo no se instala como instancia que opone un yo

a un tú, relación desde la cual es posible declararse sujeto con un saber sobre el ser e interpelar al otro. Ese avanzar constante con gran determinación acaba por figurar una profunda ausencia, pues salvo ese andar sin rumbo definido nada más se evidencia. Su rostro permanece casi inexpresivo, no pronuncia palabra alguna. Este Cristo se encuentra condenado al anonimato gracias a una incompetencia, un no saber-hacer allá fuera del templo y, por ende, un no poder-ser cosa diferente a una imagen reconstruida, muda que necesita del intermediario (maestro-señor delegado) para saber-hacer. Es tentador pensar en el Sacerdote apareciendo para declarar quién es, pero ello no encaja dentro del sistema del orden imperante y, posiblemente, este Cristo mudo preferiría alejarse, como lo hizo con la vendedora de estampas. El sujeto Cristo resucitado se halla inmerso en un dilema que no le ofrece salidas: si rechaza la identidad impuesta, es modalizado por el no poder-ser que anula irremediamente el querer-no estar que anima su programa narrativo de base; si no rechaza la identidad, es modalizado por el deber-ser que también anula su querer-no estar. A todas luces, el sujeto se encuentra perdido y su identidad

es una quimera que le hace vagar infructuosamente por las galerías del monstruoso laberinto. Sin embargo, sincretizado como judicador ha sancionado positivamente su hacer, ello se aprecia en la determinación que aún conserva. Pese a tal estado de cosas, el Cristo persiste en actualizar su programa de base; de ser consciente de su fracaso se esperaría verlo retornar a la iglesia, mas no acontece así. En el templo, los programas necesarios para llegar cumplir su programa de base tenían objetos concretos en relación a los cuales podía tomar decisiones claras. Todos marcados disfóricamente eran rechazables, pero en el afuera, no hay nada concreto de lo cual disjuntarse o conjuntarse; es decir, su meta no tiene caminos que la comuniquen, flota en una especie de vacío de la misma manera que flota la escultura que le representa en los 54 minutos iniciales del *film*. Un programa de base que carece de programas de uso, eso explicaría su desorientación. En todo caso, se tiene a un sujeto de hacer Cristo resucitado que intenta conjuntarse con la libertad de su ser. El esquema de tal recorrido se podría representar así:

Figura 1  
Esquema de tal recorrido



Marcado disfóricamente, la identidad fetichizada de Cristo como crucificado dependería de un no poder-ser sobredeterminado por un no-saber hacer dado que conlleva al anonimato del sujeto Cristo por fuera del sistema de capitalización que retribuye a los feligreses que legitiman el orden. Esto debe llevar irremediamente a un deber-ser como única opción de poseer identidad o reconocimiento. Así pues, el Cristo en disforia al encontrarse modalizado por un deber-ser que le es adverso, pasa a un querer-no estar conjunto a la figura de la cruz, que es representación de la capitalización. Esto puede ser interpretado como una apuesta por su propio ser auténtico, que cree hallará fuera del sistema de capitalización. Así pues, pasará a estar modalizado por un querer-ser que

implica la libertad; pero, el desplazamiento le confronta inmediatamente con su propia incompetencia o no saber-hacer. Esta básicamente consiste una deficiencia para establecer relaciones con el otro, para actuar intersubjetivamente, lo cual le lleva un no poder-ser: el anonimato. Este curso de transformaciones hace irremediable el retorno al estado disfórico del cual no puede escapar. Tal fatalidad queda demostrada cuando un imprevisto actor se configura como su anti-sujeto en el momento que menos lo espera. Lo más interesante es que no estaba modalizado por el querer-hacer o atropellar al Cristo. La eficiencia misma del sistema que ha convertido al sujeto Cristo en un remedo de maestro-señor se configura en el espacio del afuera, llevándolo



al irrevocable final. El fracaso es aprovechado. El sujeto Sacerdote hace presencia y reclama propiedad sobre el cuerpo del Cristo ahora disjunto de la vida. Cosa que era de esperar si se considera que luego de la transformación del Cristo, la amenaza que su resurrección implica ha sido exorcizada por la acción no premeditada del conductor. El Sacerdote, haciendo gala de su saber sobre el ser, despliega el programa de manipulación de recuperación del cuerpo. El sujeto Cristo nuevamente ha sido reducido a objeto del deseo. Es una situación muy extraña, ya que es algo descabellado el que las autoridades médicas decidan dejar el cuerpo de un hombre herido o muerto en manos de quien obviamente no tiene la competencia para encargarse de una emergencia de salud. Sin embargo, la investidura del Sacerdote basta para convencer a estos sujetos.

De vuelta al templo, las puertas se cierran para el Sujeto Cristo. Sus esfuerzos fueron infructuosos, nuevamente ha sido devorado por el sistema... del laberinto no se puede escapar. Frente al altar, el Sacerdote pondrá en juego el último de sus programas de uso, a través del cual la conservación del orden estará garantizada. Este programa consiste en la reconstrucción del Cristo-crucificado, la última de las transformaciones, y que termina perpetuando la cíclica ceremonia de la eucaristía. El único momento en el cual el monaguillo se configura como un actor individual es para ser manipulado por el sujeto Sacerdote. El hecho es destacable, pues tal manipulación evidencia la restauración de la jerarquía y la reafirmación de la condición de maestro-señor. Sin embargo, la recuperación de la condición de mérito y dominio parece estar realizada desde el mismo instante en que el sujeto Cristo ha sido incapacitado para ejecutar cualquier programa; tómesese en cuenta la facilidad con la que convence a los paramédicos y a la policía.

La suerte de este Cristo recuerda la dura sentencia del canto III del infierno dantesco: “Antes de mí no fue cosa creada / Sino lo eterno y duro eternamente. / Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza.” Un infierno tanto más terrible, porque ha sido fabricado a su medida, al fin y al cabo, es el huésped de honor, pues su carne y su sangre forman la argamasa que mantiene unido los muros del laberinto. Sin su ofrecimiento en la lógica de intercambio, el sistema de poder se vendría abajo por la falta de legitimidad. Se tiene, entonces un recorrido donde el objeto de la búsqueda está siempre virtualizado, por acción de un sistema de valores que prima sobre los objetivos del individuo.

### Conclusión

El cortometraje *El maestro* es un relato de la derrota y una representación del cómo puede ser instrumentalizada la identidad bajo el peso de un sistema de valores que lleva a cabo procesos de configuración identitaria en relación a intereses de sustentabilidad de la hegemonía. El enunciado del *film* define la identidad como simbologías que generan sentimiento de pertenencia y dependencia frente a un sistema ideológico que se configuran como instancia de autoridad y dignidad (maestros-señores), basados en la construcción de la figura admirable que satisface a colectividades que necesitan de los valores que estas transfieren bajo atributos fetichizados. Mas, cabría preguntarse

si este tipo de sujeto es el único instrumentalizado en su identidad: ¿Hasta qué punto la identidad del Sacerdote es negada en favor de la impostura del rol de su deber-ser?, ¿su saber sobre el ser no es otra de las caras de tal enajenación que le modaliza de tal manera que no sabe-ser hombre libre para tomar decisiones y apostar por un bien que supere el puro conservar el sistema ideológico de la hegemonía?, ¿será que esa identidad de judicadores de los feligreses es también un prefabricado del cual no pueden escapar, pues el sistema les impide ser algo diferente que opte por nuevos horizontes de satisfacción?... ¿Cuántos están atrapados en el laberinto de la gran manipulación?

### Referencias

- Courtés, J. (1997). *Análisis semiótico del discurso*. Madrid: Gredos.
- Cros, E. (2003). El sujeto cultural: de Émil Benveniste a Jacques Lacan. En E. Cros, *El sujeto cultural* p. 11-30. Medellín, Colombia. Universidad Eafit.
- Mandoki, K. (2006). *Estética cotidiana y juegos de la cultura* (Vol. I). Mexico D. F, México: Siglo XXI.
- Meneses, R. (Dir). (2001). *El Maestro* [Película]. Colombia: Punch, Canal Caracol.